



Malinche, por sobre todo, mujer

Pedro Celedón Bañados

Profesor de la Universidad
Metropolitana de Ciencias de la Educación

Pocas son las oportunidades en que en forma tan clara la aproximación teórica a una pieza teatral se vuelve ruda y deficitaria, frente a una propuesta poética en la cual se han fundido indisolublemente todos los medios que la obra dispuso para expresarse.

La artesanía teatral de **Malinche** configura una distancia con todo el recuerdo o evocación, ya que en tanto su descripción se hace fatigosa debido a innumerables situaciones minimalistas, las generalidades, como su definición de obra experimental, poco dice de lo que realmente fue.

Debido a ello propongo aquí situarse desde el área marginal de la propia obra, para revivir las evocaciones y directrices que propuso, obviando las visicitudes de su narrativa histórica.

Resalta entonces, en primer lugar, un teatro hecho con sensibilidad, aportando a la historia de la conquista la opinión de las mujeres, protagonistas anónimas de una gesta escrita y firmada por hombres.

Esto permite revisar los orígenes de una cultura donde los padres-de-ciudades dejan de ser los héroes solitarios, recuperando del apetito voraz del olvido a esas mujeres morenas que incluso en las noches de guerra les traían la paz.

Malinche es un verdadero compendio de gestos femeninos tanto físicos como espirituales que, en distintos niveles de una conquista van mostrando, cual vía crucis, las derrotas en las que van cayendo el cuerpo, la identidad y el alma.

Cada escena es una batalla en que es sometida una de aquellas hembras con movimiento de animales

de montaña, luminosidad de prados, ríos y tierras.

Alguna cae prisionera de un amor sin límites que funde fronteras. Otra es vencida por el Dios único venido de ultramar. La Malinche encarna en este juego al amor trágicamente ardoroso, donde su obtención es el triunfo y también la derrota.

La figura de la madre es sobre todo el deseo de continuidad de una cultura infinitamente mezclada en el cuerpo de una mujer. Es la madre-continente, la madre-América, en cuyo vientre navegó y navega la sangre indígena y española, en cuyo cuerpo encontraron el amor guerreros irreconciliables en los campos de batalla.

La geografía corporal de la mujer fue el lugar común en los años del impacto inicial, en aquella época en que América escribía su segundo génesis, y en esta obra la figura femenina se alza, se duele, se evoca, se resiente y se levanta majestuosamente sensual.

Desde los márgenes de su propia historia se eleva un perfume, un útero ciclopeo que observa el resultado de tantas horas de asaltos y de besos.

En **Malinche** se respira constantemente la femineidad de las hojas, de las piedras, de las ramas, del agua presentes en la escenografía y omnipresentes en el lenguaje. Lo más enriquecedor es que esa femineidad no es la de una *señorita*, no es ni siquiera chilena u occidental, es radicalmente de uñas, de huesos, de cromosomas, de aguas profundas como las del sudor y las lágrimas.

Sus aproximaciones contribuyen considerablemente a romper esquemas, puesto que al abordar con sinceridad el tema que trabajan —el cual de tan manosea-

do ha devenido cliché— lo limpian y lo dejan disponible para nuevas aproximaciones.

La estructura de su puesta en escena aportó también en forma considerable para que esta obra traspasara las fronteras de lo convencional, ya que las actrices se desplazaban impulsadas por motores físicos precisos, construyendo sus personajes como verdaderas máscaras corporales.

A través de esa gestual anti-naturalista, lo teatral gana terreno por sobre la imitación del real, y se libera de la ilustración y lo didáctico, entrando de lleno en un terreno próximo al ritual, en el cual los gestos y los desplazamientos obedecen a sentimientos interiores depurados.

El código que se impone responde tan estrechamente a la atmósfera propia de la obra, que obliga a cada

espectador a participar activamente, despojándolo de lo preconcebido, de la anticipación proyectiva por estar en lo ya visto.

Este tipo de obra, próxima a la danza-teatro, si bien no encuentra en la actualidad un apoyo masivo en un público habituado a la obviedad, semilla el terreno para un arte escudriñador de lo humano, regresándole a la institución que los apoya el prestigio de la continuidad de una investigación en un arte que da sus mejores frutos cuando devela lo desconocido.

Malinche mostró el lado oscuro de la luna de la conquista y su penumbra continúa sin duda iluminando la sensibilidad de quienes la presenciaron. ■



Malinche,
en la foto: Paz Yrarrázaval.